

## Un Fragmento sin estructura: Capítulo 10

**Autor:** K\_Lepónce

*"Antes me aterraba la idea de la muerte. Ahora la acepto como un régimen natural de la vida que aún desconocemos."*

*Dos días después del accidente del club...*

Robert se había ido apagando como una vela que nadie quiso soplar. Los pasillos del hospital eran largos, blancos, absurdamente calmos para lo que contenían; O al menos desde mí punto de vista.

Afuera la ciudad seguía rugiendo, pero adentro todo se sentía como un cementerio con ritmo.

Mamá estaba sentada al lado de la camilla. Le acariciaba la mano, como si con eso pudiera borrar el deterioro que se notaba hasta en la manera en que él respiraba. Desde esa noche en que simplemente dijo: "Me voy a acostar", fue la sentencia en que dormiría mucho y balbucearía cuando estuviera mínimamente despierto.

Yo solo cuidaba la casa mientras ella hacía lo que podía en el hospital. En silencio. Aprendí a aceptar el ambiente muy bien.

—Dijeron que podría ser un glioblastoma —Me contó mi madre una vez. La palabra me sonó tan fuerte que parecía tener huesos. Un tumor. Cerebral: Inoperable, avanzado.

No dije nada. Solo asentí con un amargor. Las enfermeras se movían con una serenidad como si la muerte fuera su compañera de guardia. Mientras tanto, la ausencia de ambos dentro del hospital era evidente: uno, dos, tres, cuatro, cinco días y muchos más.

Caminé unas cuabras hasta llegar al centro. La noticia del chico que se cayó —o se tiró, o tropezó, o lo empujaron ya era un murmullo viral en toda la ciudad. De hecho, creo que salió en las noticias dos días después. "Se mató", decían. "Estaba drogado", aseguraban otros. "Era buena persona", repetían, como si eso justificara la estupidez. Yo solo recordaba el ruido. El impacto. Su cara desfigurada y la sangre

corriendo hacia la calle como si quisiera escapar de él.

Al día siguiente, fui al local del anciano donde hago vigilancia mínimo cuatro noches por semana para simplemente estar de paso. Pero me llevé una sorpresa:

—Buenos días, don.

—¿Cómo anda, joven?

—Tratando de mejorar.

En ese costado estaba Katrina, la chica del club, sentada y pasivamente. ¿Qué hacía allí? Bueno... Resulta que:

—¿Eres pariente del Don Franque?! —Le pregunté absorto al asombro.

—Jaja, sí, así es. ¿Molto coincidencia, no? —Dijo ella entre risas.— Bueno, te diría que qué te trae por aquí, pero ya sabemos.

—¡Vaya!... Definitivamente no me lo vi venir. Pero es agradable volverte a encontrar.

Katrina y yo fuimos a dar un paseo por la ciudad hasta llegar a una plaza vacía. El anciano solo nos miró con una sonrisa de espectador: como si disfrutara del espectáculo comiendo palomitas.

Ella llevaba un buzo enorme y el pelo atado. Olía a algo cálido y remoto.

—¿Cómo está tu madre? —Preguntó, sentándose a mi lado.

—Está fuerte, como siempre. Pero se le nota el miedo.

—¿Y Robert?

—Robert se está muriendo lentamente: sin hacer ruido— Hice una mueca ladeada.— Ver muchas muertes se vuelve un fastidio.

Ella no dijo nada. Se quedó mirándome, seria. Hasta que se rió suavemente:

—Tienes una forma horrible de decir las cosas... pero al menos la dices.

Cerré los ojos. El viento traía un coro distante de autos, pasos, hojas. Y esa melodía interna, como de vinilo sucio.

Al día siguiente llegó la noticia de que Robert había logrado despertar; o mejor dicho, siempre estuvo consciente pero hablaba poco o estaba semi vivo. Fui a visitarlo y me miró como quien ya no ve con los ojos sino con la memoria.

—¿Cómo te encuentras Rob?—Le pregunté con respeto.

—Tu... estás más entero que muchos que conozco. No cambies eso —Vociferó sin razón, con la voz seca.

No respondí, le apreté la mano. Sentí la piel fría; el pulso lento. Y un suspiro angustiado que caía con simpleza. Realmente no estaba triste, pero tampoco feliz. Solo otra demostración de la fragilidad de nuestros cuerpos, y otro evento que otros, como mi madre, deberían cargar. Por lo tanto, opté por quedarme más de dos semanas en la ciudad.

Esa noche, Katrina me invitó a su casa. Luego de habernos reunido más de tres veces, no dije que no.

Era un lugar pequeño, con libros desordenados, plantas en frascos de mermelada y una lámpara azul que parecía imitar una luna cansada.

Nos quedamos hablando de todo y de nada a la vez:

la muerte, el absurdo, las películas malas, las películas buenas, los traumas que nunca se cuentan porque dan fatiga, etc.

Y en medio de ese río de palabras, de ligeras risas, café y silencios...

Nos miramos.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—No. ¿Por qué lo tendría?

Nos besamos. Con hambre, con duda, con certeza.

No fue amor; o quizás sí.

Aunque yo creo que, en ese entonces, solo fue un refugio.

Después, acostados, ella puso música.

Sí. Sonaba “You Don’t Own Me”.

Y ahí entendí algo que no quería aceptar:

no tenemos nada. Ni siquiera el tiempo.

Pero, por una noche, al menos...

tuvimos el consuelo de estar juntos.

Fue una sensación rara.

Una concentración absorta en ella y en un escenario casual, como de hablar de simples teorías bobas.

Quizás, fue la primera sensación de amor.

Pasaron otros varios días; quizás un mes.

Las visitas al hospital se volvieron menos frecuentes, y la rutina más densa.

Mi madre dejó de dormir. O, al menos, dejó de intentarlo.

Una tarde, cuando entré a casa, me abrazó sin decir nada, entre lágrimas.

Y comprendí. No hacía falta escuchar las palabras. Bastó con ese llanto contenido que se soltó contra mi pecho.

No dije "Va a estar bien", porque no lo estaba.

No dije "Lo siento", porque no se pide disculpas por un dolor.

Debería haberla abrazado también, pero... algo no nacía en mí. Solo acepté el abrazo como apoyo emocional, y dejé que se desahogara de su horror.

Esa noche no cenamos. Solo compartimos el silencio.

Como si todo el peso del mundo ya estuviera pagado.

Respecto al trabajo con el anciano Franques, ya no era solo vigilancia: evolucionó a algo mejor.

Me enseñó a arreglar cerraduras, a reparar luces, a reconocer cuándo un cliente iba a robar y cuándo solo venía a conversar.

Incluso me dio puestos y certificados para obtener mejores cosas a futuro. Es decir, oficios profesionales ¿Como lo hizo? No lo sé, el sujeto tenía cualquier cosa bajo la manga.

Hablábamos poco. Pero el poco, valía.

Un día, mientras barría la entrada dentro del local, el anciano me miró con esa expresión entre crítica

fraternal que le sale natural:

—Oye... Deberías cortarte el pelo.— Su tono áspero y ojos achinados.

—mm, ¿Tú crees?— Interrogué entre cejas alzadas.

—Cortátelo, te verás más atractivo. Pareces de esos metaleros locos. Y peor si tienes cicatrices en el rostro.

Me quedé interpelado y confabulado ante su argumentación. Así que esa misma tarde fuí a una peluquería barata. No pedí nada específico. Que lo emparejen, que sea liviano. Cuando salí, me sentí distinto. No mejor, ni peor. Solo... más diferente. Como si algo se hubiese quedado en ese piso lleno de mechones ajenos.

Con el tiempo, se volvió lo más parecido a una rutina útil.

Una especie de alivio práctico frente a tanto caos emocional.

Algo que no dolía. Que simplemente estaba.

—¿Cómo va todo, joven? —Continuaba preguntando en los días.

—Va. Como quien se arrastra pero no se rinde.

—Bien. No te rindas. Hay cosas que no te esperan si te tirás al piso.

Le sonreí. Aunque no me salía del todo.

Una tarde cualquiera, me crucé a Nadia.

Fue en una esquina cerca del centro, donde el caos y la normalidad se mezclan sin pedir permiso.

Iba con Alex. Con auriculares; sus rostros, tensos.

Me vieron. Lo saben.

Nos cruzamos sin palabras.

Ella me lanzó una mirada desafiante.

Yo... ni siquiera la registré emocionalmente.

Me daba igual. Como si fuera solo un mal recuerdo, o una línea tachada en un cuaderno viejo.

Y eso fue todo.

Sin discursos.

Sin necesidad de ganar nada.

Katrina y yo nos seguimos viendo; a veces directamente me buscaba en el local.

En otras ocasiones solo hablábamos por mensaje; y otras, dábamos vueltas por la ciudad sin decir nada importante.

Pero había algo claro: Compartíamos un silencio que no pesaba.

Y entre caminatas, abrazos, gestos amistosos, compras... nos íbamos entrelazando sin darnos cuenta.

En una de esos rumbos, me comentó:

—¿Te digo algo? Estoy estudiando Derecho.

—¡Vaya! Felicidades, Katri. —No solía decirle “amor” o “cariño”. Me sentía más natural llamarla por su nombre.— Espero que yo sea la excepción en tus incumplimientos, ja.

—Por supuesto. —Dijo entre risas forzadas y luego un beso.

Ella sonrió.

Y por un instante, el mundo pareció simple...

Solo por un instante.

Esa noche, me senté en el techo de la casa.

Miré las estrellas, aunque estaban medio escondidas entre nubes y luces de ciudad.

Pensé en la vida. En una silueta blanca.

No con tristeza, sino con un respeto silencioso.

Como quien recuerda una sombra que alguna vez dio calor.

Pensé en los fallecidos de diversas historias, y en qué los próximos fallecimientos después.

Pensé en cómo es una fortaleza rota, y en cómo se reconstruye todo a su modo, con café, trabajo y

paciencia.

Pensé en otras personas... y no sentí nada.

Pensé en Katrina.

Y ahí... ahí sí sentí algo.

Pero no urgencia. No obsesión.

Solo el deseo simple de que, si alguna vez la vida volvía a golpear fuerte...

yo supiera con quién pasar el rato.

Y por último, pensé en mí.

Lo más importante: Mí propia vida.

Y cómo sería yo en seis años.

**Solamente.. en seis años.**

*--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por K\_Lepónce*